

En España, en los alrededores mismos de Madrid, vuelan varias especies de águilas. Las hay grandes y chicas, negruzcas y leonadas; pero la protagonista de mi historia pertenecía á la especie más hermosa de todas, era una verdadera águila imperial, á la que con justicia puede llamarse reina de las aves.

Yo la conocí casi desde que vino al mundo. Me hallaba tomando un día apuntes de un rebaño de cabras, cuando vi al cabrero mirar inquieto al cielo. Miré yo también, y allá arriba, en el cenit, divisé un punto obscuro que se movía lentamente destacándose sobre el añil del firmamento. Era una águila. Estábamos en primavera y sin duda tenía pollos é iba á cazar para ellos.

—¿Anidan esas por aquí?—pregunté al pastor.

El hombre me miró muy despacio, como si quisiera averiguar con los ojos quién era yo. Comprendí perfectamente lo que quería decirme con su silencio. Para el cabrero son las águilas proveedoras de carne fresca. Llevan á sus hijos más comida de la que necesitan, y sabiendo dónde está el nido, se tiene durante muchas semanas provisión abundante de liebres, conejos y otras delicadezas. Si yo cogía los aguiluchos ó ahuyentaba á los padres, adiós despensa. Pero le convencí sin trabajo de que mi intención era sólo ver una cosa que nunca había visto, y entonces se ofreció, no sólo á decirme dónde estaba el nido, sino hasta llevarme junto á él.

La cosa no llegó á tanto, porque confieso que no hago buen alpinista, y cuando echamos montaña arriba y nos faltaba todavía unos ciento cincuenta metros para llegar á la peña en cuyo borde es-



El nido con los aguiluchos

taba el nido, me declaré rendido y dispuesto á no dar ni un paso más. Pero lo vi, gracias á los gemelos. Era un montón, ¿qué digo, montón? una carretada de ramas secas, por encima de las cuales, muellemente acostados sobre cojón de musgo fresco, sacaban la cabeza tres aguiluchos, envueltos en plumón entre blanco y cenizo. El sol dando de lleno en la aérea cuna, hacía parecer más blancos algunos huesos que entre lo obscuro del ramaje seco se destacaban, y me pareció que llegaba hasta mí olor como de cosa sangrienta y podrida. Sobre las piedras donde yo estaba, encontré todavía un cascarón de uno de los huevos donde las pequeñas rapaces vinieron al mundo. Era de color vinoso, extrañamente manchado de pardo y de gris. Unas cuantas semanas después volví al mismo sitio. En el nido sólo había ya un aguilucho, ó por mejor decir, una águila grandecita ya, pero con muchas plumas blancas todavía entre su obscuro manto. El cabrero me contó lo ocurrido. Un día subió él al nido en busca de carne; los pollos, bastante crecidos ya, se defendieron, y á uno de ellos, de un garrotazo, lo hirió en el arranque de un ala. Cuando estuvieron en edad de volar y los padres, según es costumbre entre las águilas, quisieron arrojarlos del nido, el herido no pudo levantar el vuelo y hubo de quedarse allí.

Me dió lástima del pobre animal; pero el pastor se echó á reír.

—No tenga cuidado, señorito—me dijo:—no se morirá. Los padres siguen trayéndole de comer, como cuando era chica.

Y, en efecto, no se murió.

Al año siguiente, pasaba yo por el sitio donde estuve dibujando las cabras, cuando oí que me llamaban.

—¿Eh, señorito!

Me volví; era el pastor.

—El águila del garrotazo—me dijo,—la que se quedó en el nido, ¿se acuerda?, pues echó á los padres de aquí.

Me contó la historia con todos sus detalles. El descanso forzoso y la buena comida habían dado tal vigor al aguilucho de marra, que cuando al fin pudo arrancar á volar y las águilas viejas quisieron expulsarlo de sus dominios, trabóse una batalla entre padres é hijo, quedando éste dueño del campo.

—Mire usted—exclamó el pastor al terminar su relato—allá abajo.

Descendía, efectivamente, hacia las próximas llanuras, trazando círculos inmensos, una águila enorme, de más de

(Sigue en la pág. 123).



El aguilucho, pocos días antes de abandonar el nido